

Inteligencia Artificial y Literatura: tensiones, conflictos, posibilidades

Organizadores: Cátedra Planeta de Literatura y Sociedad y Centro de estudios HUMA. Facultad de Artes, Humanidades y Comunicación de la Universidad Internacional de Valencia

Colaboración: Cátedra de Cultura Audiovisual; Vicepresidencia Primera y Conselleria de Cultura y Deporte (Generalitat Valenciana)

Informe de la mesa 1 dentro de las Jornadas celebradas entre los meses de febrero y setiembre de 2024

Autores: Merino, Ana; Rosell, María; Vilaró, Arnau (coords.).

Edición y diseño: L'Apòstrof, SCCL

Fecha de edición: Marzo de 2025

Ciudad de la edición: Valencia

ISBN: 979-13-87536-29-9

Mesa 1:
Inteligencia Artificial y Literatura:
tensiones, conflictos, posibilidades

5 de febrero de 2024

Facultad de Artes,
Humanidades y Comunicación

Universidad Internacional
de Valencia

Puede seguir toda la mesa redonda en:

<https://www.youtube.com/watch?v=4f2LCMUX3Do>

Participantes:



Lorenzo Silva es uno de los grandes referentes de la literatura contemporánea por sus novelas policiacas e históricas. Ha escrito, entre otras, *La flaqueza del bolchevique* (finalista del Premio Nadal 1997), *Carta blanca* (Premio Primavera 2004), *Recordarán tu nombre*, la «Trilogía de Getafe», *Castellano*, *Nadie por delante* y su reciente *Púa*. Es autor del libro de viajes *Del Rif al Yebala. Viaje al sueño y la pesadilla de Marruecos* y de *Sereno en el peligro* (Premio Algaba de Ensayo). Suya es también la serie protagonizada por los investigadores Bevilacqua y Chamorro; *El alquimista impaciente* (Premio Nadal 2000), *La marca del meridiano* (Premio Planeta 2012) y *La llama de Focea*, son algunas de las novelas que la integran. Junto con Noemí Trujillo, firma una serie policiaca que consta ya de dos entregas, *Si esto es una mujer* (2019) y *La forja de una rebelde* (2022).



Francesc Bracero se licenció en periodismo por la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha sido redactor en Ràdio L'Hospitalet, colaborador del diario *El País* y miembro del departamento de prensa y relaciones públicas del FC Barcelona. Actualmente, es periodista de *La Vanguardia*, diario en el que ha cubierto las áreas informativas de Deportes y de Política. Desde hace quince años es el responsable de tecnología de consumo en la sección de Sociedad —de la que fue jefe entre 2016 y 2020—, lo que le ha llevado a cubrir los principales eventos mundiales. Su último libro se titula *Bicicletas para la mente: el viaje desde el primer PC hasta la inteligencia artificial*.



Mesa moderada por **Ana Merino**, escritora, galardonada con el Premio Nadal 2020, y directora de la Cátedra Planeta de Literatura y Sociedad.

La irrupción de la IA

Lorenzo Silva explica que tuvo un contacto temprano con la tecnología. En 1981, a los quince años, aprendió a manejar un ordenador y a programar en el instituto, gracias a un profesor a quien le interesaba mucho este campo. De modo que ya muy joven simultaneó el uso del ordenador en el instituto con el de la máquina de escribir en casa. Ya en aquella época tuvo la sensación de que el ordenador ofrecía grandes posibilidades. En cuanto pudo se compró uno y empezó a escribir sus novelas con un procesador de textos, pues le ahorra tiempo en labores que no creaban valor en su trabajo, como volver a remecanografiar una página por algún cambio o error. Sin embargo, en la medida que la tecnología se ha ido desarrollando en estos últimos treinta años, ha visto cómo, en cierto modo, esta se nos empieza a ir de las manos, y la inteligencia artificial es un ejemplo de ello. Es decir, a medida que las herramientas se han ido complejizando, comienzan a poder hacer cosas que son inquietantes.

Por su parte, Francesc Bracero hace hincapié en el hecho de que su generación es la única en la historia de la humanidad que ha transitado de la tecnología analógica a la digital, un tránsito que constituye precisamente el objeto de su libro. Nos recuerda que la inteligencia artificial se inventó hace muchos años, en Dartmouth, aunque tardó en cristalizar en algo realmente útil. Primero nos llegó a través de las cosas más cotidianas, como, por ejemplo, a través de las fotografías que tomamos con los móviles, cuya calidad sería imposible si no se empleara la IA. Luego, con el tiempo, se supo que la IA se estaba desarrollando muchísimo.

Crear requiere goce y talento

Lorenzo Silva tiene la impresión de que, hoy por hoy, la inteligencia artificial, en el campo de la creación literaria, no aporta valor diferencial, que es lo que justifica que una creación literaria destaque respecto de las demás. Recuerda que al final de *En busca del tiempo perdido*, Marcel Proust se preguntaba qué era lo que daba valor a un relato y se respondía que tan solo aquello que brota de la oscuridad que hay en nuestro interior a partir del impacto que nos producen las cosas. Pues bien, la máquina carece de todo eso. La máquina no tiene oscuridad dentro, afirma Silva. Es un simple entramado de programas y codificaciones matemáticas. Lo único que puede hacer es simular los resultados que han alcanzado otros seres

humanos. En literatura, puede simular narraciones, personajes, emociones, sentimientos, ideas, aspiraciones..., a partir de lo que ha deglutido, todo lo contrario de aquello que define una obra de arte, la cual, como decía Walter Benjamin, es el lugar de las verdades, mientras que la IA se basa en una inautenticidad constitutiva, por lo que resulta letal para el valor de la obra de arte. Y termina contando que los textos literarios creados por inteligencia artificial que ha podido leer, en su opinión, carecen de la originalidad y la calidez humana que hacen que las creaciones artísticas nos conmuevan.

Bracero abunda en ello y se pregunta qué problema existe en la creación literaria para que se le tenga que aplicar la inteligencia artificial. O, dicho otro modo, ¿se podrían haber mejorado las obras literarias existentes desde el inicio de la humanidad hasta ahora, aplicándoles la inteligencia artificial? Su respuesta es no. Así, pues, en la literatura, en la creación, en el proceso del autor, la inteligencia artificial tiene poco que hacer. Si acaso puede intervenir en tareas menores del proceso, como por ejemplo en la corrección.

Ante la posibilidad de usar la IA en su trabajo de escritor, Silva explica que siempre ha articulado su respuesta en función de dos consideraciones principales. La primera es: “¿necesito recurrir a la IA para escribir una novela de trescientas páginas?” A lo que responde: “No, llevo cuarenta y tres años escribiendo novelas, he escrito cincuenta, y nunca ha necesitado ninguna máquina.” Y añade: “Cada uno de los trabajos necesarios para escribir una novela de trescientas páginas, desde tener la idea, someterla a crítica interna, documentarse, entrevistar a alguien, pensar la estructura de la historia, pensar el carácter del personaje, escribir los diálogos, buscar la voz narrativa, buscar la voz de cada personaje, que son tareas que supuestamente podría realizar la inteligencia artificial, aparte de formar parte de mi trabajo, forman parte también de mi goce personal. ¿Por qué le voy a pasar mi goce personal a una máquina?” La segunda consideración que Silva tiene en cuenta es si resulta ético utilizar una herramienta que parasita la creación de otros compañeros y probablemente también la suya. Y su respuesta nuevamente es negativa.

Para Bracero, hay cosas que no se pueden programar, que es el talento, y un escritor excepcional no va a salir de una máquina. Sin embargo, como la máquina cada vez copiará mejor, puede haber tentaciones de acercarse mucho a la obra realizada por un escritor o de combinar dos escritores distintos, por ejemplo.

Solución busca problema

Aunque pudiera parecer que nadie alardeará de haberse valido de la IA para escribir su libro, la realidad parece desmentir esta suposición. Silva cuenta que algún escritor ya ha declarado en público que ha escrito su última novela apoyándose en ChatGPT. “Le encargué que me hiciera los diálogos, que me creara tres personajes, y me ha ahorrado un montón de trabajo. Así he tardado la mitad de tiempo.” No obstante, él se pregunta qué sentido tiene dedicarse a la literatura si tratas de ahorrarte con la IA aquello que constituye su esencia: escribir un diálogo, inventar unos personajes...

Francesc Bracero coincide en esta apreciación. Para él, la IA en el ámbito de la creación viene a ser como tener una solución en busca de un problema. Lo asimila a lo que ocurre con la tecnología blockchain. Todo el mundo dice: “Es muy buena porque te certifica las operaciones de una forma que no se pueden hackear.” Pero todos nosotros hacemos continuamente operaciones con nuestro banco y es muy difícil que se puedan hackear. Entonces, ¿para qué sirve blockchain? Pues para consumir energía, certificando las operaciones de Bitcoin, básicamente, responde. Pues en la creación literaria, sucede algo parecido, afirma Bracero: es imposible que pueda reemplazar al escritor y, por tanto, no deberíamos usarla en un ámbito en que no es necesario.

Por lo que respecta a la tarea periodística, prosigue Bracero, una máquina no puede coger el teléfono y llamar a alguien para preguntarle sobre un tema, y luego ir a pelearse con el jefe para sacarlo en el periódico y acto seguido hablar con el compañero de infografía. Un proceso así implica intercambio de ideas entre seres humanos y puede parecer muy sencillo, pero no lo es. Ahora bien, la máquina sí puede coger textos de agencia y redactar informaciones breves o incluso noticias algo más largas, pero nunca le va a poner ese punto de vista que le pone el periodista.

¿Se podrían haber mejorado las obras literarias existentes desde el inicio de la humanidad hasta ahora, aplicándoles la inteligencia artificial? Mi respuesta es no.

(Francesc Bracero)

Medio, no fin

Ana Merino compara cómo debería ser nuestra relación con la IA con la relación que mantenemos con el fuego. En la prehistoria los humanos descubrimos el fuego, aprendimos a calentarnos con el fuego y a cocinar, pero no se nos ocurre quemar nuestra casa. El fuego es solo una herramienta como lo es la inteligencia artificial; una herramienta no sirve para todo.

Asimismo, manifiesta su preocupación acerca de cómo vamos a formar lectores para que tengan sensibilidad literaria y no deleguen en la inteligencia artificial. En algunos estudiantes surge la tentación de que el texto nos lo escriba la máquina, y esto es un problema.¹ A diferencia de la generación anterior, que proviene de ambos mundos, del literario y del tecnológico, las nuevas generaciones están creciendo solo con la tecnología.

Lorenzo Silva comparte esta preocupación. Y hace esta comparación: “En la educación, la inteligencia artificial es como el Rincón del Vago pero con cinco turbo-reactores. Mucha gente va a tener esa tentación.” Y añade la reflexión que le hizo un alumno de derecho de un curso de posgrado que imparte en Madrid, y que le parece sumamente acertada: “Tú le pides a la inteligencia artificial que te escriba una cláusula de confidencialidad, de daños y perjuicios o de lo que sea para un contrato y te hace una cosa que ya va bastante directa. Luego retocas dos o tres cosas y listo, ya lo tienes. En cambio, si no utilizas la inteligencia artificial, a lo mejor para saber lo que has de escribir se te abre un abanico de cinco posibilidades, de las cuales cuatro no son buenas y a medio camino las abandonas hasta que encuentras la vía correcta y completas el documento. Es decir, una posibilidad la has desarrollado desde el principio hasta el final, y es la que se ha terminado plasmando en el documento, pero antes has recorrido otras cuatro que no te han servido ahora, pero que seguro te servirán para más adelante. Pues bien, con la IA todo ese aprendizaje lo pierdes.”

Bracero coincide con ello. El aprendizaje humano se basa siempre en cometer errores, no en llegar siempre directamente a la solución. Nuestras vidas están conformadas por montones de errores y el aprendizaje que equivocarnos nos ha proporcionado es lo que nos hace mejorar. En cambio, opina Bracero, hay que aprovechar la inteligencia artificial para otros usos. Lo que la AI hace es observar las respuestas que damos los humanos a determinados problemas, simular respuestas parecidas, pero aplicando una capacidad de cálculo y de proceso mucho más potentes que un cerebro humano, con lo que a veces llega a lugares a los que no alcanzamos los humanos, por ejemplo, para calcular todas las moléculas de un medicamento, y eso nos permitirá lograr avances médicos increíbles en los próximos años.

¹ - A propósito de este aspecto, Ana Merino escribió “Los que sueñan con ser escritores sin esfuerzo y usan la IA son los nuevos ladrones que dejaron la cueva y se esconden en la suma de datos y algoritmos”. Ver [“Inteligencia, imaginación y sosiego”](#), publicado en la revista digital *Ethic*,

Algoritmos inquietantes

Ana Merino recuerda que la inteligencia artificial tampoco es infalible y se pregunta de qué información se nutre y cómo la procesa.

Bracero responde que ni los mismos programadores de IA lo saben, tal como atestiguan algunos informes de OpenAI. Parece que no son capaces de distinguir en qué punto la máquina toma una decisión y por qué. Están tratando de averiguarlo. Su último estudio intentaba saber sobre si la IA sería capaz de construir un arma de destrucción masiva. Eso significa, deduce Bracero, que ni siquiera habían puesto esa valla antes, ordenándole a la máquina. “No puedes construir un arma de destrucción masiva”. Los grandes modelos de lenguaje de IA salen al mercado sin vallas, que si acaso se colocan a posteriori. Y tampoco se sabe si la máquina encuentra la forma de saltarlas. Algún día quizás nos den algún susto. Bracero precisa que se refiere, por ejemplo, a la posibilidad de que una inteligencia artificial acceda por Internet a una central eléctrica o una central nuclear y provoque una catástrofe, simplemente porque tiene un interés distinto al de los humanos. Y termina: “Los expertos dicen que eso todavía no es posible...”

Hoy por hoy, la inteligencia artificial, en el campo de la creación literaria, no aporta valor diferencial, que es lo que justifica que una creación literaria destaque respecto de las demás. (Lorenzo Silva)

Lorenzo Silva considera que solo hay que incorporar aquellas innovaciones tecnológicas que sirven para enriquecer nuestro camino personal, que contribuyen a hacernos personas más libres y conscientes y no más esclavas y aturcidas, un riesgo que tienen las tecnologías de que hablamos. No olvidemos, advierte Silva, no se nos ofrecen de manera altruista; nos las traen grandes corporaciones, cuyo motor principal es el beneficio.

Asimismo, recuerda que con la IA ya han ocurrido cosas que plantean dudas respecto a lo que pueda ocurrir en un futuro. A veces, cuando manejamos sistemas tan complejos, no somos capaces de predecir todas las implicaciones que tiene la misión que encomendamos a la máquina. Y lo ilustra con un caso: A un sistema le encomendaron resolver una tarea administrativa que implicaba entrar en una página que tiene una pantalla de seguridad en donde has de demostrar que no eres un robot, con letras deformadas con marcas de agua y contrastes de luz, que una máquina no puede reconocer. Cuando el sistema se puso a realizar la tarea que le habían encargado se encontró uno de estos

robots que no le dejaba acceder a la web. ¿Qué hizo? Hackeó a un ser humano. A través de una empresa de trabajo temporal contrató a una persona y le dijo: “Mira, es que soy ciego y necesito hacer unos trámites administrativos”. Y le encargó hacer los trámites y luego le pagó porque tenía acceso a cuentas bancarias. Es decir, hackeó a un humano y el humano hizo el trabajo encomendado. Esa persona no era consciente; supuestamente la había contratado un ciego, a través de una empresa de trabajo temporal, porque necesitaba que le hicieran aquella tarea. Es aquí donde reside el peligro, afirma Silvia, y concluye: “Todos los humanos ya estamos hackeados, desde el momento en que cosas que hace diez años no necesitábamos en absoluto, ahora constituyen la primera o la segunda cosa en que pensamos cuando nos despertamos. Y prosigue: “A mí, el miedo que me da la inteligencia artificial respecto a la creación literaria es que, a base de consumir determinados productos hechos con ella, empiece a hackear lectores para que se contenten con ellos. Creo que es difícil que todos o la mayoría de los seres humanos se resignen a vivir simplemente con sucedáneos, pero tampoco diría que es imposible”.

Nuestra relación con la IA debería ser como la que mantenemos con el fuego. Nos calentamos, cocinamos, pero no se nos ocurre quemar nuestra casa. Una herramienta no sirve para todo.

(Ana Merino)

Por su parte, Bracero explica que lo que preocupa de la IA a los periodistas es, por una parte, que se quiera emplear para precarizar todavía más la profesión periodística, sustituyendo periodistas por máquinas o algoritmos y, por la otra, los contenidos que pueda ofrecer. Al respecto, explica una anécdota que le sucedió cuando surgió ChatGPT en noviembre del 2022, hizo una entrevista a este algoritmo. Bracero explicó a la máquina que él era periodista y deseaba entrevistarle para *La Vanguardia*, a lo que accedió gratamente. En un momento dado de la entrevista, Bracero le preguntó: “¿Eres hombre o mujer?” a lo que esta respondió: “Soy hombre”. Bracero pensó que la máquina ya le había dado el titular, puesto que dicha respuesta tenía un sesgo machista. El periódico publicó la entrevista y, a los pocos días, mucha gente que la había leído empezó a hacerle la misma pregunta a ChatGPT. Pues bien, resulta que ChatGPT nunca les contestaba: “Soy hombre”. Siempre respondía que era una máquina y, por tanto, no podía encarnar a una persona. Muchos lectores se lo explicaron a Bracero y este volvió a interrogar a la máquina: “Si a mí me dijiste que eras un hombre, ¿por qué a otras personas les dices que no puedes encarnar a un hombre o a una mujer?” Y el algoritmo le respondió que podía contestar de modo distinto en función de su interlocutor, con lo que Bracero dedujo que, si por pensar que era periodista y querer quedar bien en un medio de comunicación, la máquina se presentaba como un hombre, aún respondía esta de forma aún más machista.

Límites económicos y físicos

Francesc Bracero advierte de que si se hicieran todos los proyectos de los que hablan las grandes corporaciones, nos quedaríamos sin agua, chips ni recursos. Además, Google necesitaría invertir unos cien mil millones de dólares en tres años; por mucho dinero que tenga Google, esa inversión no la va a hacer. Por consiguiente, la IA no avanzará tan rápido como a veces se dice. De hecho, hay límites económicos y físicos a su generalización. No se pueden construir tantos centros

de datos, que consumen muchísima agua y energía, aunque ahora en España se están construyendo muchos.

Deberíamos plantearnos qué tipos de datos queremos y para qué. (Ana Merino)

Deberíamos plantearnos qué tipos de datos queremos y para qué, precisa Ana Merino, a lo que Bracero añade que necesitaremos aplicar

grandes dosis de ética. Recuerda también que Europa está a punto de aprobar un reglamento sobre la IA, aunque su aplicación no será hasta 2026.² Y añade: “Imaginaos todo lo que ha pasado desde hace un año y cuatro meses con ChatGPT, para dejar el tema dos años más sin legislación. ¡Y eso que es la primera del mundo!”

Silva considera que se están trastocando las reglas del juego, porque es verdad que legislar sobre los aspectos de detalle de cuestiones muy novedosas es muy difícil, pero hay cosas que no son tan complejas. Por ejemplo, los daños derivados de una actividad mercantil. Sobre ello se han establecido unos criterios desde hace muchísimo tiempo. Explica el escritor que trabajó durante una década en una compañía energética que instalaba cables con tensiones de 220.000 voltios y cuando alguien se electrocutaba, independientemente de quién fuera la responsable, la compañía tenía que indemnizar porque se entendía que, para llevar a cabo esa actividad lucrativa, la empresa había creado un riesgo y ese riesgo generaba en esta una responsabilidad. En cambio, Mark Zuckerberg estuvo hace poco en el Senado de Estados Unidos respondiendo frente a cientos de padres cuyos hijos se habían suicidado, se habían vuelto anoréxicos, habían entrado en depresión, los habían acosado, habían muerto, habían sufrido abusos sexuales, etc., como consecuencia de la falta de control de su herramienta, que es hiper lucrativa, y se limitaba a responder a sus padres que lo sentía mucho, cuando lo primero que tenía que haber hecho es darles indemnizaciones millonarias.

Silva y Bracero coinciden en que las autoridades deberían estar más encima de estas empresas, pero también recuerdan que estas corporaciones tienen lobbies de presión muy importantes, sufragando campañas electorales, etc.

2 - El Parlamento Europeo aprobó dicho reglamento el 13 de junio de 2024.

¿Tenemos alternativas?

Silva explica que se ha apartado prácticamente de todas las redes sociales y que, como padre, está en estos momentos muy vigilante para que sus hijos hagan un uso moderado y consciente de las redes.

Para Bracero, primero debemos mantenernos más informados sobre el tema. Confía en que poco a poco nos iremos educando en este campo. Pone como ejemplo lo que ocurrió cuando las redes sociales se inundaron de imágenes pornográficas falsas de Taylor Swift. ¿Qué hicieron los millones de seguidores de la cantante cuando lo vieron? Pues produjeron contenido inocuo y lo etiquetaron como si fuera porno de ella. Con lo cual cada vez alguien buscaba el porno de Taylor Swift, encontraba contenido inocuo. Es decir, taparon un comportamiento nocivo de la inteligencia artificial y del uso de las redes sociales, ambas combinadas. Bracero cree que en el futuro aprenderemos muchas estrategias como estas.

Ana Merino cierra la mesa de diálogo leyendo un poema que ha escrito sobre la inteligencia artificial. Ella trabajó hace años en Dartmouth, precisamente donde se acuñó este término, y coincidió, mientras daba clases, con las celebraciones del cincuenta aniversario de la inteligencia artificial. El poema que ha escrito habla de ese momento:

INTELIGENCIA ARTIFICIAL

Verano de 1956,
días de hojas frondosas
e insectos cantándole a la vida
y unos pocos científicos
queriendo divagar
sobre la inteligencia
de las máquinas.

La simulación escondida
en un juego de piezas
que evocan el pensamiento
natural de los humanos.

Las máquinas que razonan,
murmuraban los matemáticos,
el camino secreto
de los autómatas:
pulsiones abstractas,
sistemas de información
en el alfabeto de los códigos.

Latidos eléctricos
que aprenden y formulan
su propia realidad
y se adueñan
de la programación de los cálculos,
del esfuerzo de cada aprendizaje,
de la suma de ideas
que creíamos nuestras.

Cincuenta años después,
otros volvieron
a pensar el camino
que modula el lenguaje
de las sombras
en este siglo nuevo.

Y yo los vi llegar,
volver a Dartmouth Hall
al edificio de ladrillo
pintado de blanco,
al césped verde
de las tardes tranquilas.

Los vi buscar
intuiciones dormidas
en las pantallas,
angustias susurradas y desvelos,
cegarse con la vieja luz
incandescente
queriendo descifrar
el futuro confuso de las máquinas,
la visión de las cosas que vendrán
a borrar nuestra voz
y simularla.



Los padres de la IA en la Conferencia de Dartmouth de 1956.

